

AL ANDAR DEL CAMINO

LA POESÍA DEL 40: RAUL DEUSTUA

ESCRIBE: JAVIER SOLOGUREN

NOTA DE REDACCION

En el número anterior de La Imagen Cultural, en esta misma página, se publicó el artículo denominado "AL ANDAR DEL CAMINO. La Poesía del 40: Eielson"; que escribiera Javier Sologuren, pero sin consignarse, por errores de imprenta, el nombre del autor.

Asimismo se publicó una carta de D.H. Lawrence a Aldous Huxley sin que apareciera la indicación correspondiente.

Por la presente, subsanamos ambos errores y anunciamos que la próxima semana se publicará una nota del poeta Javier Sologuren sobre la poesía de Sebastián Salazar Bondy.

Para aquellos a quienes la poesía tiene algo que decirles, no sabemos si aún o siempre, la existencia poética de Raúl Deustua no dejará de presentarse como poco menos que misteriosa, pues nada o casi nada se conoce (hablando, claro está, de un público relativamente numeroso) de su creación y de su propia vida. Sólo algunos poemas en publicaciones periódicas, a lo largo de los años cuarenta; un texto, un delgado cuaderno, *Arquitectura del poema*, en 1955; y las menciones esporádicas a su pertenencia a la llamada "Generación del 50". Eso era todo hasta 1969 cuando el poeta ausente resolvió ponerle fin a la implícita ausencia de su creación, dando hermosa fe de vida (quizá, igualmente debida) con unos poemas en las páginas de "Amaru", la ejemplar revista que dirigió Emilio Adolfo Westphalen.

Tres años más tarde, sus *Cantos italianos*, afines a los anteriores poemas y escritos entre 1956 y 1965 en Italia y el Mediterráneo, vieron la luz en "Creación & Crítica". Su inclusión en *Surrealistas y otros peruanos insulares* (Ed. Ocnos, Barcelona, 1973), antología de M. Lauer y A. Oquendo, contribuyó a rescatarlo de tan largo ostracismo de nuestras letras así como del ámbito literario hispanoamericano.

Arquitectura del poema está constituido por veinte estancias en prosa en la que circula algo del gran aire elocuente de Perse, pero sólo algo y no reminiscente, ya que en este trabajo, como en todos los que le conocemos, prima un personal designio de rigor y ascetismo expresivos. El poema revela la toma de conciencia poética, la captura de instantes vivenciales, con acentuada religiosidad, por mediación de los signos que la naturaleza le ofrecía y en los que se apoyaba y encendía su palabra:

¡Arquitectura del poema! Lenguas sonoras y cargadas de blancos metales que devora un año desprovisto de nieves y de lluvias. Embriaguez de la noche, su luz sobre mi mesa, embriaguez de este canto que viene rodando desde el tiempo.

¡Arquitectura del único poema... de la voz que permanece y no se entrega!.



Pintura de Elda di Malio.

Leer este y los otros poemas que ya hemos citado es alcanzar los estratos, complejos de una concepción esencialmente subjetiva en cuyas ceñidas mallas se percibe el palpitante de la historia y de los prestigios del arte y el paisaje cultural. Deustua descende en las sugerencias inevitables del tiempo transcurrido, sensible a la usura que ejerce y conciente de un hoy significándole pérdida: ¿Por qué Castilla/ cuando hoy la piedra es áspera/ es palma de una mano estéril, cruda/ por esa voluntad del hombre?/ La imagen es la misma, un pueblo, gozo/ en el terral, la plaza como un libro/ abandonado, estéril/ (Illescas, polvareda de la tarde).

Viajero atento, siempre dispuesto a la caricia de las ciudades colmadas de espíritu y destino, va trazando un itinerario en el que se da cita, no con sus esplendores exclusivamente (jamás con los de la beatería turística), sino con sus adentros de ser vivo y por ello temporal y agónico. Florencia, Boloña, Padua, Roma, Fjésole, Illescas, Toledo y otras más se conjugan con su experiencia íntima, con su saber, su sentir y presentir. Deustua se nos presenta, pues, como el poeta viajero en superficie y hondura, en geografía e historia, en plasticidad y fluencia. Viajero, repito, a quien hieren las marcas de la acción temporal (... algas/

de un mar cansado, palpitante apenas,/ gastado por el hombre/...; la medalla/ gastada por los años).

En los poemas "Illescas", "Toledo", "Casi nada", "Otoño", en cambio, se halla la mención descarnada de la piedra, una suerte de permanencia, al menos,

Formalmente, estos poemas son buena muestra del gusto por el metrificar clásico, por los nobles modelos del idioma y la poesía castellana del siglo áureo con los que mantiene un arraigado y legítimo vínculo: (En esta tarde suspendida en vano/ percibimos un rostro que es/ la niebla/ es piedra blanda, es nada apenas, roce/ del tiempo, del amor quizás fortuito,/ es gesto puro, caminar inútil/ ola flotante que ensombruce al río).

"Venecia vía Canaletto", uno de sus poemas memorables, logra, en bien cortados versos y mediante una sensitiva enumeración, adueñarse de un instante, de un hecho, de un paisaje. Fino arte evocador aquí el de Deustua. El color de su cristal se lo debe a un pintor de primorosas arquitecturas (ciudades y villas), del gran plano del paisaje escenográfico. Alvaro Mutis ha dicho su admiración por este poema, en una entrevista cuyo tema era precisamente la historia como estética. Aquí, unos versos:

Un rastro luminoso, piedra viva/ apoyada en el agua de San Marcos./ Y el gran Dogo Foscarini hablaba entonces,/ medida en oro de balanza, el tiempo/ justo para vender en el invierno/ la soledad del hombre/ (...) Golpea el mar la tarde, descarnada/ la campana retrata el horizonte,/ el tiempo es luz, es agua primitiva,/ y una vela que rasga el cielo duro/ se pierde ya en la boca de la noche.

Las escasas publicaciones de Raúl Deustua no se deben a un quehacer poético ocasional; sabemos que posee una obra objeto de preservación y perfeccionamientos continuos; que día a día depura así mismo sus notables versiones de Cátulo. Es no sólo deseable sino necesario contar con el conjunto de su creación, de modo que nos ofrezca la imagen cabal, la suma de sus valores que todavía no nos es posible apreciar debidamente.